

**"HALLAR A DIOS EN TODAS LAS COSAS"  
EN LA SOCIEDAD ACTUAL**

**Mario da França Miranda**

Los santos han vivido una profunda experiencia de fe. Si, por un lado, conserva las huellas del contexto sociocultural donde ha nacido, por otro trasciende su época pues nos remiten a verdades y actitudes fundamentales de la vida cristiana que iluminan las generaciones futuras.

Vamos a tratar aquí una de estas expresiones del Evangelio vivido: "buscar y hallar a Dios en todas las cosas", verdadero corazón de la experiencia espiritual de san Ignacio. Otros han explicado su sentido, yo quisiera mostrar su relevancia en el mundo actual, más aún, su gran necesidad para todo cristiano que desea vivir hoy con seriedad su fe. Comprendo lo arriesgado de esta afirmación que pretende generalizar una experiencia personal -el *carisma ignaciano*- y transformarlo así en mediación no sólo facultativa sino necesaria para vivir hoy la fe. Tal intento se justifica por los valores evangélicos que contiene y, sobre todo, por el contexto sociocultural de nuestra época.

Mostraré, primero, el sentido de esta expresión

en san Ignacio y el papel central que ocupa en su espiritualidad para señalar, después, tres características de la sociedad actual que afectan profundamente la fe cristiana, sólo superables mediante la intuición ignaciana que nos permite vivir la fe sólidamente en un contexto de hostilidad o indiferencia.

### **Síntesis de una vida**

La experiencia espiritual de Ignacio resume toda su vida y nos revela las iniciativas y llamados de Dios, así como las respuestas del Peregrino vasco que conforman su experiencia cristiana con características propias. La "visión del Cardoner" es, según los especialistas, el acontecimiento decisivo de la mística ignaciana, tal como lo reconoce el mismo Ignacio y sus primeros compañeros y lo confirman sus escritos: los Ejercicios, las Constituciones y las cartas.

La visión del Cardoner contiene la comprensión sintética de los misterios de la fe y de la realidad, todo ello a partir de Dios o, como dice Hugo Rahner, a partir de "arriba". Toda la realidad procede del Creador y a El retorna. Este sentido profundo de la creación es comunicado místicamente a Ignacio el cual descubre así el dinamismo divino que anima todas las cosas. La actividad fundamental del hombre consiste, pues, en cooperar a que todas las creaturas vuelvan a su origen fontal. "Servir a su divina Majestad" es la expresión ignaciana que mejor traduce esta comprensión última del sentido de la existencia humana.

En otras palabras, el hombre percibe con la fe la voluntad de Dios sobre cada una de sus creaturas y busca cómo cumplir su voluntad. Percepción y ejecución son dones de Dios que hemos de pedir en

la oración. Tal fue la actitud existencial en toda la vida de Ignacio, factor que unificó sus múltiples actividades, fuente de su celo infatigable, y de su actuar ponderado (*discreta caritas*), rasgos todos ellos característicos de una espiritualidad que ve en cada cosa un lugar de encuentro con Dios y así las usa ordenadamente según su último fin. Una espiritualidad abierta, receptiva, inserta en la realidad de este mundo para que todo sirva a la mayor gloria de Dios.

Es preciso subrayar, también, otra dimensión fundamental de la experiencia cristiana de Ignacio cuya importancia quedó oculta por la modestia y laconismo de ese vasco tan parco en palabras: el proyecto revelado a la orilla del Cardoner *brota* enteramente del amor de Dios hacia los hombres y, por esto, se expresa mejor en la "contemplación para alcanzar amor" que en el "Principio y Fundamento". Es un amor que no soporta la mediocridad (*magis*) pues -nace de la experiencia del amor de Cristo por nosotros (EE 104), y debe armonizarse con el amor de Dios en los momentos de elección (EE 184, 338), como respuesta agradecida al amor que nos viene de El (EE 223).

Esta actitud de buscar a Dios en todas las cosas, que Ignacio llamaba "familiaridad divina" o "devoción", sólo se consigue poniendo ciertos medios. El primero es la *recta intención* en todo lo que hagamos y consiste en conformarse a la voluntad de Dios (EE 16, 46, 169), de donde deriva la *abnegación de la propia voluntad*, es decir, "salir de sí mismo" o "apartar, cuanto es posible, el amor (desordenado) de todas las criaturas" (*Constituciones*, 288), pues el hombre sólo puede amar a Dios en todas las cosas y a todas en El, a través de la disponibilidad del corazón. Otro medio esencial es la *oración* y, en particular, el *examen de conciencia* entendido como percep-

ción de la voluntad de Dios en cada momento, a través de la lectura de las mociones espirituales y las decisiones tomadas. Por último, el factor más importante para llegar a ser "contemplativo en la acción" es el hecho de arriesgarse a serlo. Los "Ejercicios en la vida corriente" son hoy una verdadera escuela para ayudarnos a buscar y hallar a Dios en todas las cosas.

## **La experiencia ignaciana frente a la sociedad cristiana**

Examinemos ahora tres características de la sociedad actual que afectan profundamente nuestra fe cristiana, para llegar así a la intuición de san Ignacio y ver cómo nos permite vivir una fe viva y firme en un contexto de hostilidad e indiferencia.

### ***1. Pérdida de la cosmovisión cristiana***

Los católicos del siglo XX asistimos, perplejos y preocupados, a la agonía de una sociedad tradicional donde la totalidad predominaba sobre el individuo. De hecho, la persona vivía en una sociedad estructurada, con sus valores, su orden social, sus creencias, su organización familiar y su división del trabajo. Este orden se reproducía naturalmente de generación en generación, de forma estable, gracias a su fundamentación religiosa. El poder y la autoridad emanaban del mismo Dios. Así pues, toda la vida social-cultural, político o económica- era percibida dentro de una visión global de la realidad, aceptada por todos.

La emancipación de los diversos sectores de la cultura y de la sociedad (política, ciencia, economía, arte, etc) hizo estallar este universo simbólico unitario, profundamente cristiano. Los diversos sectores socioculturales se hicieron autónomos, con su propia inteligibilidad y exigencias, presentando

su propia interpretación de la realidad y su percepción del mundo, sin más referencias a los principios cristianos.

La sociedad moderna se caracteriza así por su pluralismo, es decir, por un contexto de competencia entre los diversos universos simbólicos o entre los significados globales de la realidad y las respectivas instituciones cada una de las cuales intenta dar un sentido a la vida cotidiana y a estructurarla de forma global. Así, el hombre moderno vive inmerso inevitablemente en varios de estos sectores: profesional, familiar, religioso, cultural, ocio, etc, que presentan sus propios valores y se relativizan entre sí. A veces, uno de ellos llega a ser hegemónico, como la economía, e impone a los otros sus propias leyes y se transforma en factor decisivo de la organización social.

En consecuencia, el cristiano vive hoy en esferas autosuficientes que no necesitan ninguna justificación teórica de tipo religioso y por eso se llaman "seculares es decir, no referidas a la fe cristiana. En una sociedad tan compleja como la nuestra, donde aparecen constantemente nuevos campos del saber, nuevas tecnologías y nuevas problemáticas, el cristiano se ve obligado a abrirse a nuevas ideas, a hacer nuevas experiencias, a vivir otras situaciones y a tomar decisiones sin la ayuda de una visión cristiana global, como en el pasado. Hoy, en efecto, la diversidad de experiencias y la abundancia de saberes no permiten ni al individuo ni a la misma Iglesia integrarlos todos a la fe cristiana.

Los cristianos estamos, pues, ante un desafío peligroso. La fe cristiana, como cualquier otro universo simbólico religioso, debe orientar y unificar el caos de múltiples experiencias humanas, refiriéndolas intrínsecamente a la totalidad de la vida

de cada persona. Si fracasa en este intento, la fe pierde su relevancia a los ojos del hombre moderno, la abandona y le lleva a la indiferencia religiosa o a la búsqueda de otras religiones.

La sociedad pluralista está ahí, seguirá existiendo y de nada nos sirve soñar en un pasado que ya no volverá. Ante esta situación dramática, el núcleo de la espiritualidad ignaciana recobra una sorprendente actualidad.

La sociedad de Ignacio no era evidentemente como la nuestra. A pesar de la decadencia de las instituciones eclesiales, predominaba una visión cristiana de la vida. Los nuevos cambios abiertos por el caballero vasco no fueron debidos al contexto socio-cultural europeo de su siglo, sino a la gracia de Dios experimentada con plenitud en la visión del Cardener. Tampoco podemos olvidar que Ignacio fue un hijo de la modernidad, no sólo por su confianza en la razón, en la búsqueda de la eficacia, en el cuidado de la organización y en su fidelidad a la realidad, sino sobre todo por su antropocentrismo y su atención al individuo. Como director espiritual, Ignacio transmitía a sus contemporáneos su experiencia de integración entre la vida y la fe, unificación que debía realizar cada uno no de forma teórica (innecesario en una sociedad cristiana), sino a través de la praxis, como diríamos hoy.

"Buscar y hallar a Dios en todas las cosas" supone el compromiso de la propia voluntad con la de Dios, en cada opción concreta, que orienta al cristiano en la elección siempre renovada de cada día y unifica su existencia en medio de la sucesión continua de quehaceres. Esta práctica ignaciana tiene su origen en la fe cristiana, en el dinamismo de toda la creación que nos viene de Dios y a El vuelve, pero también era connatural en la cosmovisión cristiana de su

tiempo, distinta a la nuestra. Sin embargo, la concepción ignaciana de la creación puede generar también en nosotros hoy un dinamismo unificador de todas las actividades.

En el fondo de la intuición ignaciana hallamos la crítica de Jesús a una religión que pretendía encerrar a Dios en un espacio, un tiempo y unas actividades sagradas, único lugar donde el hombre pudiera encontrarlo. San Pablo estaba también convencido que el carácter cristiano (o salvífico) de una acción depende ante todo de la motivación o, más exactamente, de la caridad. Toda la pedagogía ignaciana consiste en crear las condiciones para que el hombre se identifique con la voluntad de Dios y la realice. Esa voluntad no requiere un contexto sociocultural cristiano ni una referencia explícita, sino tan solo una coherencia necesaria entre las acciones y la fe que proviene del "interior", a partir de una experiencia personal de Dios, sin la cual la vida del cristiano no alcanza ni su unidad ni su armonía.

Tales son, pues, la novedad y la importancia de ser hoy "contemplativo en la acción". Los diversos y dispersos elementos de nuestras experiencias ya no son inteligibles, ordenados y sistematizados a partir del marco teórico predominante en la sociedad, sino más bien son integrados en la *unidad existencial* del sujeto por un referente práctico. Esto atenúa sensiblemente las consecuencias nefastas, para la vida cristiana, del actual pluralismo cultural de la sociedad. Si un cristiano, como todos sus contemporáneos, no escapa a la dificultad de vivir sus experiencias y sus vivencias sin posibilidad de reducirlas a una síntesis teórica que daría luz e inteligibilidad a los diferentes momentos de su vida, puede sin embargo darles una unidad y sentido viviendo esta actitud fundamental que san Ignacio quiere transmitir al que hace los Ejercicios.

## 2. La "subjetivización" de la fe cristiana

Estamos ante otra consecuencia del pluralismo que afecta seriamente la conciencia del creyente. En otro tiempo, el universo simbólico del cristianismo, que interpretaba la realidad y el orden social, se apoyaba en la aceptación espontánea de todos. La fe se mantenía, por así decirlo, gracias a ciertos procesos sociales: las relaciones sociales que no cuestionaban la fe, las terapias para defenderla, las legitimaciones que la justificaban. Tales procesos constituían la vida cotidiana de la gente, se imponían a su conciencia y representaban la *base social de la realidad objetiva* de los misterios cristianos y era como su "estructura plausible".

La sociedad pluralista ofrece una multiplicidad de visiones de la realidad que coexisten y rivalizan entre ellas, a la vez que relativizan y debilitan su impacto social, perdiendo así su característica "natural", espontánea, inevitable y evidente. Estas visiones no son ya globalizantes, sino parciales puesto que sólo explican y organizan una parte del mundo de cada uno. De ahí que el cambio más grande apunta a la *desobjetivización* de los contenidos religiosos que pierden, en la conciencia del individuo, su carácter de realidad objetiva y evidente y se "subjetivizan" en dos sentidos: primero, se convierten en un asunto privado y, después, se perciben como enraizados en la conciencia y no en la facticidad del mundo exterior. Así, nuevos conjuntos de sentido pasan a ocupar el lugar de los universos simbólicos religiosos, como verdades objetivas.

Los cristianos, entonces, se encuentran hoy en la situación de un grupo social determinado, con una manera propia de ver la vida que ha llegado a ser minoritario. Situación ciertamente incómoda que, por un lado, favorece el surgimiento de la



fe como opción personal, pero por otro plantea con urgencia la cuestión del apoyo de esta fe.

Antes, la Iglesia, en el conjunto de la sociedad cristiana, tenía el papel de soporte social de la fe. De hecho, su autoridad moral estaba considerada como un auténtico fundamento de la fe católica. Otros elementos extraños a esta visión religiosa no constituían ningún problema para el creyente puesto que tenía plena confianza en esta suprema instancia de sentido que para él representaba la iglesia.

Hoy la misma Iglesia percibe que no es aceptada como criterio único y normativo para la conciencia católica. En otras palabras, el discurso de la jerarquía no llega a estructurar la existencia de los creyentes pues el católico organiza su vida no sólo con elementos de la doctrina oficial, sino también con otros materiales recogidos fuera. Las razones son múltiples, como la insuficiencia notoria del discurso eclesial, formal, teórico, dogmático o moralizante, replegado sobre sí mismo, y el individualismo dominante en la cultura actual, por citar las principales.

Sin embargo, el factor más decisivo hoy es el divorcio entre la imagen que el católico tiene del cristianismo y sus experiencias humanas más significativas. La formación religiosa, marcada por el catecismo de su infancia, no se adapta ya a su vida adulta, pues la tranquila cosmovisión cristiana del pasado ya no significa nada hoy ni para el individuo ni para la Iglesia cuyo discurso, pretendidamente universal, aparece parcializado para la mayoría de contemporáneos. Además, el creyente pasa una considerable parte de su vida en ambientes bien alejados de la iglesia, donde realiza precisamente sus experiencias más fundamentales y de una importan-

cia ética decisiva contra las cuales chocan las categorías del discurso eclesiástico. Por todo ello, la Iglesia ha dejado de ser hoy el soporte de la fe de los creyentes.

Sin apoyo, ni en la sociedad ni en la Iglesia, la fe del católico debe enraizarse hoy en Dios mismo, conocido en el interior de esta misma fe, es decir, en una *experiencia personal de Dios*. Este principio es -tan antiguo como el cristianismo ya que en verdad la fe es un don de Dios que nos permite creer en Jesucristo por medio de su Espíritu.

Esta acción de Dios es percibida como "experiencia de Dios" por el hombre, en el interior mismo de sus "experiencias humanas", experiencias fuertes que no se corresponden al cuadro de referencias, principios y expectativas acostumbradas ya que se trata de experiencias que unifican, globalizan y dan sentido a la pluralidad de las otras experiencias. Son, pues, experiencias cualificadas que abarcan todos los niveles de la persona -intelectual, afectivo, volitivo- donde el hombre siente que su fe es confirmada como sentido último de su vida, no de una forma teórica o argumentada, sino de manera práctica y existencial.

En este punto, la experiencia de Ignacio cobra gran actualidad. En efecto, su pedagogía espiritual consiste en orientar al individuo hacia una experiencia personal de Dios, mostrándole no solamente las condiciones, sino sobre todo permitiéndole reconocer la acción auténtica del Espíritu. Tal es la característica del libro de los *Ejercicios Espirituales*.

Este encuentro con Dios no queda limitado al "nivel religioso" de nuestra vida ya que puede realizarse en cualquier actividad humana, con tal que aprendamos en la práctica a percibir, interpretar y

seguir las mociones divinas que nos indican la voluntad de Dios y nos hacen capaces de cumplirla. Así, cuanto más sensibles seamos a las mociones del Espíritu mediante una escucha atenta, mejor sabremos discernir los movimientos del Espíritu que se abren paso a través de nuestro egoísmo, seremos más generoso en acogerlas y transformarlas en decisiones concretas, tendremos más experiencia de Dios y sentiremos que nuestra fe se consolida más en su interior. Ignacio nombra de distintas maneras esta misma realidad: vivir en un clima de "familiaridad con Dios", de "devoción", donde sea posible "transformar todas las cosas en oración", "hacer la voluntad de su Divina Majestad", "hallar a Dios en todas las cosas" mediante la obediencia a su acción.

### *3. Crisis de la imagen de Dios y de las prácticas cristianas*

La tercera característica sociocultural de nuestra sociedad nos confirma la actualidad de la experiencia cristiana de Ignacio. Se trata de la hegemonía de la razón práctica como instancia crítica suprema para cribar los productos culturales del pasado: ritos, historiografías, religiones, derecho, costumbres, educación, organización familiar, etc. La racionalidad tecnocientífica e utilitarista se impone hoy a todos como factor predominante y estructurador de la sociedad y esta razón no necesita ninguna justificación ideológica o religiosa.

La primera consecuencia de este hecho es la *inestabilidad* permanente que vive la sociedad actual. Los grupos sociales que la componen deben mantener un diálogo continuado ya que cada uno de ellos aporta sus expectativas, sus valores y sus soluciones. El equilibrio será, pues, siempre inestable por la aparición permanente de nuevas técnicas, nuevas relaciones sociales y nuevas problemáticas que exigen continuas transformaciones.

Otra consecuencia es la conciencia creciente de la *responsabilidad* que nos incumbe a todos los ciudadanos en construir y perfeccionar la organización social que no cuenta ya con el apoyo religioso de antes pero se nos presenta como una tarea confiada a cada uno. Esta conciencia se ha ido haciendo cada vez más evidente debido a las injustas desigualdades sociales entre los países del primer y tercer mundo y dentro de cada país.

Todos esos factores inciden en el mundo simbólico de los cristianos, sobre todo en la imagen que tienen de Dios y también en la mirada menos ingénua del hombre sobre los acontecimientos y la naturaleza. Muchos de los fenómenos pueden hoy explicarse sin recurrir a la intervención divina. De esta manera, el hombre actual tiene una conciencia mucho mayor de la *trascendencia* de Dios, más cercana a la experiencia colectiva del pueblo de Israel, tal como aparece en la Biblia y nos confirma la teología. Sin embargo, experimenta a la vez un cierto malestar ya que, desprovisto de las imágenes tradicionales de Dios, tiene serias dificultades para encontrarle y entrar así en relación con El. Ahí se originan muchas crisis de fe que desembocan en fáciles adhesiones a grupos religiosos que pretenden mediatizar el encuentro con Dios a través de experiencias emotivas, intensamente vividas.

Por otra parte, una sociedad como la nuestra en continua transformación que afronta nuevas problemáticas, se adapta a nuevas circunstancias, reorganiza su universo simbólico y readapta sus instituciones, afecta seriamente no sólo el discurso oficial de la Iglesia, sino también las mediaciones salvíficas que nos ofrece. Las declaraciones del Magisterio deberían tomarse más en serio los nuevos elementos socioculturales, a menos que quieran convertirse en un mensaje teórico, formal, moralista o ineficaz.

Las mediaciones (o prácticas) salvíficas, sin sentido de pertenencia debido al nuevo contexto social, deberían también someterse a la misma reelaboración. Pero la Iglesia, por diversas razones, no parece estar dispuesta a resolver este problema. La rapidez de cambios y la acumulación creciente de nuevos datos lo hacen menos que imposible y quien más sufre esta situación es el simple cristiano que ya no cree en los discursos y prácticas del pasado y siente una total perplejidad para vivir hoy su fe.

Esta conciencia de la responsabilidad como ciudadano y como discípulo de Cristo en la construcción de una sociedad más justa, ha sido uno de los principales factores que han movido al cristiano de hoy a la crítica de las prácticas tradicionales, aunque su concepción religiosa le mantiene prisionero de una caridad interpersonal que le impide ver, en la acción política, el ejercicio de una caridad a largo plazo. El católico, en general, tiene dificultad en integrar esta dimensión de la caridad en su vida.

### **Conclusión: actualidad del carisma ignaciano**

"Buscar y hallar a Dios en todas las cosas" supone toda una experiencia espiritual específica: la mística de la acción o la del "servicio", para emplear una palabra muy querida por Ignacio. Esta mística revive y revaloriza una verdad muy evangélica, a saber, que sólo se responde al amor de Dios con la propia libertad (EE 230), buscando amar al prójimo en armonía con el amor primero (EE 184), en correspondencia con la voluntad de Dios y transformando toda actividad en oración. En el fondo, Ignacio afirma que nos encontramos con Dios no cuando hablamos de El o nos lo imaginamos, sino más bien cuando nos comprometemos con El. Comprometerse con Dios es emprender una aventura de amor, es la osadía de dejarse llevar

por un Dios siempre mayor que nos desinstala continuamente y nos desconcierta sin cesar ya que hace añicos nuestros conceptos y representaciones suyas, nos sorprende donde menos le esperábamos, no nos deja identificarlo en ninguna de las mediaciones y nos hunde en la historia humana para que la vivamos con intensidad como el único lugar donde podemos encontrarle.

Al actualizar el carisma de Ignacio, el cristiano llega a vivir su fe en una sociedad vacía de las tradicionales imágenes de Dios y en continua transformación. En este contexto histórico, con sus retos y desafíos, el cristiano encuentra las necesarias mediaciones salvíficas que hacen posible su compromiso con Dios. Formado en la escuela de los Ejercicios, intenta vivir "contemplativo en la acción" y así va discerniendo mejor esas mediaciones para ponerlas en práctica.

Sabemos que "el servicio de Dios" supone hoy una praxis de lucha por la justicia. En efecto, Ignacio quería a través de su actividad apostólica, responder al plan de Dios sobre la creación y conducir así a los hombres y todas las cosas al fin pretendido por Dios mismo. Una sociedad organizada y estructurada contrariamente al designio divino que provoca pobreza, sufrimiento y violencia, debe ser transformada. Así pues, luchar por una sociedad más justa y fraterna es un deber no sólo para una conciencia cívica responsable, sino más aún para la conciencia cristiana que quiere obedecer a Dios con un amor fraternal serio y eficaz.

Por consiguiente, hoy el compromiso por una sociedad más justa y una vida más humana y feliz se nos convierte en mediación salvífica y lugar de encuentro con Dios. Pero cada cristiano deberá concretar su compromiso en la situación concreta donde vive

y en función de sus posibilidades. Sólo así se opondrá, de manera crítica, a dos manifestaciones enfermizas de la cultura moderna, expresión evidente de una crisis de la sociedad: el individualismo y el hedonismo, constitutivos de la llamada post-modernidad y diametralmente opuestas al Evangelio.

Los desafíos que el cristiano encuentra en la sociedad moderna y post-moderna dan a la espiritualidad ignaciana una sorprendente actualidad y representa una ayuda no sólo para un grupo particular en la Iglesia, sino para todo católico que quiere vivir seriamente su fe en un contexto social inestable y secularizado, pluralista y crítico, materialista y dominado por el ansia de consumo.

(Traducido de la revista **CAHIERS DE SPIRITUALITE IGNATIENNE**, Vol.XIV, Nº 56, Octubre-Diciembre 1990, págs. 407-418).

## **VENI, CREATOR SPIRITUS (5 octubre, 1978)**

Señor, incesito de tu Espíritu!, de aquella fuerza divina que ha transformado tantas personalidades humanas haciéndolas capaces de gestos extraordinarios y de vidas extraordinarias.

Dame ese Espíritu que, viniendo de Ti y yendo a Ti, Santidad infinita, es un Espíritu Santo.

Los jueces de Israel sin esperarlo, sin nada que les predispusiese, sin poder poner resistencia, sencillos hijos de aldeanos, Sansón, Gedeón, Saúl... fueron cambiados por Ti brusca y totalmente. No sólo fueron hechos capaces de gestos excepcionales de audacia o de fuerza, sino que se vieron dotados de una nueva personalidad, se sintieron capaces de realizar una misión tan difícil como la de liberar un pueblo. Tu acción en ellos fue interior, aunque se describiera a veces con imágenes que subrayan un influjo tuyo repentino y extraño. Te lanzastes sobre Sansón como un ave de rapiña sobre su presa, revestiste a Gedeón como con una armadura.

Sintiendo la dificultad de mi misión, desearía yo una acción muy profunda tuya en mi alma: que no sólo descendiera, sino que reposaras sobre mí, que me concedieras los tesoros de los dones que repartistes a tantos de tus elegidos: de sabiduría e inteligencia, como a Besalel y a Salomón; de consejo y fuerza, como a David, de conocimiento y temor de Dios, que fue el ideal de tantas almas de Israel. Esos dones abrirán para la Compañía una era de dicha y de santidad.

Dame lo que distes a los Profetas: que, aunque mi ser pequeño proteste, me vea forzado a hablar por una presión soberana. Aquella palabra que venía de ellos, pero no había nacido de ellos, era una palabra tuya, de tu Espíritu que les enviaba y que no se limitaba a suscitar una nueva personalidad al servicio de la acción, sino que explicaba el sentido y el secreto de ella; de tu Espíritu, que no es solamente inteligencia y fuerza, sino conocimiento de Dios y de sus caminos.

Dame, pues, la fuerza con la que no solamente abriste a los Profetas tu palabra hasta revelarles tu gloria, sino que les hicistes mantener en pie para hablar al pueblo y anunciarle su suerte.



Con aquella voz que Tú haces gemir en el fondo de mi ser, pido la efusión copiosa de Ti mismo, semejante a la lluvia copiosa que devuelve la vida a la tierra sedienta, y como soplo de vida que viene a vivificar las osamentas desecadas.

Dame aquel Espíritu que lo escruta todo, lo sugiere todo y lo enseña todo, que me fortalecerá para soportar lo que aún no puedo soportar. Aquel Espíritu que transformó a los débiles pescadores de Galilea en las columnas de tu Iglesia y en los Apóstoles que dieron con el holocausto de la vida el supremo testimonio de su amor por sus hermanos.

Así esta efusión vivificante será como una nueva creación, de corazones transformados, de una sensibilidad receptiva a la voz del padre, de una fidelidad espontánea a su palabra. Así nos hallará de nuevo fieles, y de tu parte no nos ocultarás tu rostro, porque habrás derramado tu Espíritu sobre nosotros. Ya comprendo que para que esto se realice se necesita un amor como el del Padre, que intervenga en persona. "Tú, Yahvé, eres nuestro Padre...¿por qué nos dejas errar lejos de tus caminos? ¡Ah, si rasgaras los cielos y bajaras!". Tal fue tu manifestación definitiva: los cielos abiertos, un Dios Padre visible, un Dios Hijo que baja a la tierra haciéndose hombre para la salvación del mundo: "misterio que en las generaciones pasadas no fue dado a conocer a los hombres"... "Por eso doblo mis rodillas ante el Padre". ¡Veni, Sancte Spiritus!

Dice el que da testimonio de todo esto: "¡Sí, pronto vendré! Amén. Ven, Señor Jesús".

"Que la gracia del Señor Jesús sea con todos, Amén".

IGNACIO IGLESIAS, Las oraciones del Padre Arrupe, Manresa,  
Vol 62, (1990) 182-183